XIMENA

I

Celajes en el oriente,
dosel de un sol que se ausenta,
sombras que flotan errantes
sobre la faz de la tierra;
flores que su cáliz abren,
flores que su cáliz cierran,
perfumes que se dilatan,
perfumes que se concentran;
aves que tornan al nido,
aves que del nido vuelan,
almas que al amor se duermen,
almas que al amor despiertan,
hora santa, hora bendita
para el alma del poeta;
hora en que el mundo se viste
su regio manto de estrellas.

II

Una gran plaza sombría,
una casa solariega,
un atrio frente á la casa
y al fin del atrio una Iglesia.
La casa siempre en silencio,
siempre una luz en la reja;
la Iglesia siempre cerrada
y siempre un hombre á la puerta.
En la reja, muchas veces,
negra, inmóvil, la silueta
de una mujer, y en el atrio
la sombra del hombre, negra.
Y entre las dos negras sombras,
el negror de las tinieblas,
y el negror de unas desdichas,
y el negror de unas tristezas!

III

Algún transeunte que pasa
las sombras mira, y al verlas
ó se detiene un instante
fijando la vista en ellas,
ó no se detiene, pasa;
pero las mira y se aleja
diciendo: "Pobre Manrique,
desventurada Ximena!"

IV

Murió Ximeno Ximénez
en aquella casa vieja,
pero algunas horas antes
de que Ximeno muriera,
llamó á Nuño, el escudero
que con él luchó en la guerra;
el que curó sus heridas,
el que le sirvió la mesa,
el que cuando él no dormía
pasaba la noche en vela;
su amigo más leal, su perro....
y hablóle de esta manera:
—Nuño, Manrique de Luna
enamora á mi Ximena,
y mi Ximena le quiere
y no quiero que se quieran.
Tu sabes de un caballero
á quien hice una promesa,
y es preciso que se cumpla,
que se cumpla aunque yo muera.
Dí la mano de mi hija
á Sancho Lope de Ruela,
y que se case con Sancho
es mi voluntad postrera.
Así te lo mando, Nuño;
así lo mandé á Ximena,
y lo que de vivo mande,
muerto yo, mandado queda.

Y algunas horas pasadas
de que estas frases dijera,
murió Ximeno Ximénez
en aquella casa vieja.

V

Y de aquella vieja casa
se abrió un día la gran puerta,
y un gran señor muy apuesto,
y una gran dama muy bella,
y un escudero sombrío
y de mirada siniestra,
y dos gentiles mancebos,
y dos damas y una dueña,
salieron, y ya en la calle
ellos graves, graves ellas,
atravesaron el atrio
y se entraron en la Iglesia.

VI

Y detrás de ellos, volando
como los pájaros vuelan,
salió también á la calle
un pajecillo que lleva
una promesa en el alma,
de oro una joya en la diestra,
un puñal en la cintura
y una carta en la escarcela.

De una suntuosa morada
hasta los dinteles llega,
y llama y su nombre dice,
y á pocos instantes entra.

VII

Duerme Manrique de Luna
pero más que duerme sueña,
sueña que un soñado sueño
le está contando á Ximena.
"Ximena mía, le dice:
soñando estuve en aquella
ocasión afortunada
que te ví la vez primera,
cuando sentí que te quise,
cuando te miraba apenas,
cuando apenas te quería
y te ví tan hechicera.
¿Te acuerdas?, cuando sentiste
que ya me amabas, Ximena,
antes de que me miraras
antes que me lo dijeras,
qué será, bien de mi vida,
qué será, si entonces era
chispa sólo, lo que es hoy
un incendio que nos quema?
Tanto te adoro, que estar
eternamente quisiera,
ó en la tumba sin tu amor
ó con él en esta reja."

Así soñaba el de Luna
en fantástica quimera,
ilusiones mentirosas
y esperanzas lisonjeras;
cuando llamándole quedo
le dijeron, en voz queda,
que despertase, que estaba
llamando Lope á la puerta.

VIII

Entró Lope y al de Luna
le dijo con voz resuelta:
"Señor, á Ximena casan,
señor, casan á Ximena;
dice, señor, que te adora,
dice que te dé esta prenda,
y que este puñal te entregue
y esta carta y que la leas.
—Léela tú, gritó Manrique
con voz como de tormenta,
—Léela tú mientras me visto,
y leyó Lope:
"Despierta,
soy yo quien esto te envía:
la joya, para que creas,
el puñal, para que mates,
la carta, para que vengas."

IX

Llegó Manrique de Luna
á la puerta de la Iglesia,
una mujer de rodillas
miró y un hombre junto á ella.
Al sacerdote en el ara
bendiciendo una promesa,
y se detuvo asombrado
y rugió como una fiera.
Brilló la hoja en su mano;
pero antes que traspusiera
el dintel sagrado, rayo
que el negro espacio atraviesa,
fugaz relámpago rápido,
deslumbradora centella,
cayó la espada de Nuño
sobre su noble cabeza;
y cayó al suelo Manrique
bañado en su sangre mesma,
entre los brazos de Lope
que ve á Nuño y jura y tiembla.

X

Todos luego se agruparon
en torno á Manrique, y cuentan,
que prescindió de la boda
don Sancho Lope de Ruela.

XI

Como esas pálidas flores
que el invierno helado deja;
que en sus primeros halagos
fecunda la primavera,
en un pequeño aposento
que tiene sólo una reja,
solitaria y suspirando
se va muriendo Ximena.
A su postigo de noche
se asoma, y entre la niebla
mira vagando en el atrio
de su amor la sombra negra...
¡A su Manrique!

XII

Manrique
después de la fiebre horrenda
de la doble y honda herida
de la alma y de la materia,
tornó al mundo... ¿Qué es el mundo
qué sus sentidos rodea?
¿qué es el aire que respira?
¿qué el espíritu que piensa?
¿qué el cielo? No lo sabe.
¿Qué es la tierra? No está en ella.
Quedó una imagen en su alma,
en su cerebro una idea.

Con los ojos sólo mira
una pálida belleza,
palabras tiene en los labios;
pero palabras para ella.
Oídos que sólo escuchan
una voz dulce y ligera,
como el rozar de unas alas,
como el vibrar de unas cuerdas!

XIII

Manrique á las oraciones
cuando la campana suena,
camina desde su casa
hasta el atrio de la Iglesia,
y en voz muy baja murmuran
las gentes que á verlo llegan:
—"Allá va Manrique, el loco,
que va á ver á su Ximena."
Y es de ver cómo en el atrio
aquella sombra vaguea;
y aquella otra sombra inmóvil
y muda, tras de la reja,
y entre las dos negras sombras,
el negror de las tinieblas,
y el negror de unas desdichas,
y el negror de unas tristezas!

XIV

Abriendo están un sepulcro
en el atrio de la Iglesia,
y mudo el loco, veía
cómo sacaban la tierra.
Y á la hora en que el mundo viste
su regio manto de estrellas,
miró cómo en unas andas
llegó hasta el atrio una muerta.
Estuvo viendo el cadáver
con espantosa fijeza,
miró la frente marmórea
coronada de azucenas,
miró los lívidos labios
de aquella boca tan bella,
miró los velos marchitos
de aquellas pupilas negras,
y moviendo tristemente
con lentitud la cabeza,
dijo, cerrando los ojos,
"esa mujer es Ximena."

XV

Y después de verlo todo
con espantosa fijeza,
después que el ataúd bajaron,
después que echaron la tierra,
después que los que venían

acompañando á la muerta
se fueron como vinieron,
llenos de angustia y de pena,
se quedó solo Manrique
buscando la sombra aquella,
entre la casa y el atrio,
entre la tumba y la reja.

Mérida, marzo 10 de 1883.

MENDO MENENDEZ

I

Así escribe Doña Elvira
al doncel Mendo Menéndez:
—"Mendo me quieren casar:
"bien lo sabes, bien lo temes;
"pero no lo temas, Mendo,
"porque tu Elvira no quiere.
"Yo sabré morir primero!
"Supongo que lo prefieres;
"y si tal desdicha ocurre,
"y si tal acontecere,
"espérame en tu aposento,
"y no dudo que me esperes,
"porque como yo, mi bien,
"sabes que los muertos vuelven!
"No te olvides de mis ojos

"que se gozaban en verte,
"aquellos que me decías
"que eran dos soles...—¿Me quieres?
"No te olvides de los labios
"que te hablaron tantas veces,
"aquellos que me decías
"que eran corales...—¿Me quieres?
"Si respondes á estas líneas
"que tantas lágrimas tienen,
"no te olvides de decirme
"veinte veces: que me quieres!"

II

Vive en prisión Doña Elvira
porque casarse no quiere
con un noble caballero,
que hacerla suya pretende.
Es su padre un viejo conde
el que encerrada la tiene,
porque ha jurado: ó casarla
ó verla morir mil veces!

III

Llega el conde á la prisión
seguido de sus donceles,
y entra á la prisión con ellos
después de llamar tres veces.
—"Hija mía, dice el viejo,

mañana don Jofre viene,
y antes de que el alba espire
con él desposarte debes.
Cubierta está en la capilla
el ara en blancos manteles,
y arde la cera, y se aguarda
nada más á que despiertes."
No contesta Elvira al conde,
el conde juzga que duerme;
y la llama y no despierta,
y la toca y no se mueve!
—¡Ola!, grita el viejo conde
á las doncellas: no esperen,
vistan su traje de boda
á ese cadáver inerme,
porque ha de llegar don Jofre,
porque don Jofre ya viene,
y es fuerza que me la pida,
y es fuerza que se la entregue!

IV

—Allí la tienes, don Jofre,
es tu esposa, allí la tienes.
Te la negó la esperanza
y te la entrega la muerte.
Que duerma donde los tuyos
el último sueño duermen;
y ya he cumplido... Así cumple
quien una palabra tiene.

V

Llevóse á su esposa, Jofre,
á su castillo, y sostienen
los que lo vieron, que todas
las noches, cuando los leves
tintes del alba en el cielo
no señalan el oriente,
vestida en traje de boda
doña Elvira se aparece,
y que á la puerta del conde
llega y llama por tres veces.
Después por los corredores
avanza, y en donde tiene
él sólo su habitación
el doncel Mendo Menéndez,
mirando hacia todos lados
un instante se detiene;
que después la puerta se abre
sin un rumor, ni el más leve,
y después como una sombra
Elvira desaparece.

Y por eso el cronista
de aquel conde, aunque lo niegue
el mundo entero, en su crónica
dice que los muertos vuelven.

Mérida, abril 6 de 1887.

IDA.

I

De una cámara espaciosa
entre las cuatro paredes
está una dama, que es Ida,
y está un hombre, que es Ruy Pérez.
ni una palabra se dicen;
que pronunciarla no pueden,
y que cuando hablan las almas
los labios se callan siempre.
¡Lástima que no se vean
cruzando tristes ó alegres
las esperanzas que parten
de las almas que se quieren!
¡Lástima que no se escuchen
estas frases que se pierden
donde van los pensamientos

llenos de amor á perderse!
¡Lástima que no se miren
esas lágrimas ardientes,
que nunca salen del alma
porque el alma se las bebe!
Y lágrimas y suspiros
y esperanzas sólo tienen
el alma pura de Ida
y el corazón de Ruy Pérez.

II

Súbito como el destino
implacable, cuando hiere,
apareciόse en la estancia
el conde Vasco de Albuernes,
y con voz pausada y ronca,
cual del destino, solemne,
dejó escapar de sus labios
estas palabras:—"Ruy Pérez,
de este castillo á la puerta
enjaezado el potro tienes,
y esta carta que te entrego,
y esta espada de buen temple.
Juréle á tu padre mismo
junto á su lecho de muerte,
que te enviaría á la guerra,
y el que jura cumplir debe.
Cumplo, pues, dame tus brazos;
Ida te espera si vuelves,
Ve adiós... y con la ayuda

de la Providencia, vete!"—
¡Lástima que no se vean
cruzando tristes ó alegres,
las esperanzas que parten
de las almas que se quieren!

III

Yermos campos solitarios,
vastas llanuras estériles,
lóbregas selvas salvajes,
turbios lagos sin corrientes,
desenfrenadas tormentas,
cielo negro, negro siempre,
mar sin espumas ni playas,
olas que en las olas mueren;
sueño que á gritos se llama,
sueño á los gritos rebelde,
inquietud que llega sola,
hondo sopor que adormece,
aire que en el pecho falta,
ansias que en el alma duelen,
eternidades de penas
que en un instante aparecen.
Ruinas de hermoso palacio
que fué del tiempo juguete,
escombros de una belleza
donde tristes flores crecen.
Una helada sepultura
y sobre el mármol perenne,
un ser vivo que suspira

por el què en la tumba duerme!
A veces una esperanza
brota en el alma, cual suele
abrir en los arenales
un lirio el cáliz de nieve,
una ilusión como sombra
que atraviesa por la mente,
como atraviesa áurea nube
por el horizonte á veces.....
Este es el mundo que habitan
los espíritus ausentes....!
ay! desventurada Ida!
¡desventurado Ruy Pérez!
¡Lástima que no se escuchen
esas frases que se pierden
donde van los pensamientos
llenos de amor á perderse.

IV

Para qué sirven las flores
si en el alma no florecen?
¿De qué sirven las estrellas
si el nublado las envuelve?
En vano le ruega Ida
al conde Vasco de Albuernes,
ay! el conde es el destino
y el destino se ensordece!
Es la roca en que se estrella
ola gigante que inerme
torna á caer en el seno

de la mar que se enfurece!
¡Destino!; ¿qué es el destino?
ave negra que se cierne
sobre la pálida efigie
del que viviendo se muere!
Nieve de nacar que enciende
la luz de un alegre día
¡cuando dichoso amanece!
¡Destino!; ¿qué es el destino?
¡Quién lo sabe!, ¡quién lo entiende
Sombra ó luz, congoja ó dicha....
¡Destino es lo que Dios quiere!
Ida sufre, Ida encerrada.
lentamente languidece,
entre la luz y la sombra,
entre la vida y la muerte!
Lo mismo pasa al mancebo,
lo mismo pasa á Ruy Pérez;
y entre su amor y sus dudas
ríe y llora, vive y muere!
¡Lástima que no se miren
esas lágrimas ardientes,
que nunca salen del alma
porque el alma se las bebe.

Mérida, mayo 3 de 1883.